

semejantes fenómenos. El P. Houbigant observa con razon, que no se hallan vestigios de los pretendidos prodigios anteriores á la invasion de Nabucodonosor; y que la expresion de que usa Joel, significa signos extraordinarios, aquellos que están reservados para los últimos tiempos, y que precederán al dia verdaderamente grande y terrible, esto es, al dia del juicio final. Mas causa admiracion que el P. Houbigant se deje llevar luego de las falsas ideas que S. Gerónimo reprueba en Porfirio y sus sectarios, los cuales aplican al tiempo de los Macabeos la célebre profecía de Daniel sobre la resurreccion futura de los buenos y de los malos. „Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra, despertarán, unos para la vida eterna, y otros para oprobio, para que lo vean siempre (1).” ó como dice ahora el hebreo: *para oprobios, para desprecio eterno*. El P. Houbigant en sus notas pretende autorizarse con que en el último dia deben resucitar todos; y el profeta parece no habla aquí sino de muchos ó de un gran número. Pero aun cuando esta profecía se refiriera al tiempo de los Macabeos, sin duda es verisímil que restituida la libertad, á ninguno de los que se habian retirado á las cavernas, ocurrió quedarse en ellas, sino que todos salieron; por lo que la palabra *muchos* de Daniel, los comprende á todos. Nada impide pues, que la misma palabra comprenda igualmente á todos los que sepultados en la tierra saldrán de ella vivos en el dia último. Mas ¿cómo *muchos* podrá significar *todos*? Lo que se nos responde relativamente al tiempo de los Macabeos, dirémos respecto de la resurreccion general. Sin duda hay algun hebraismo ageno del carácter de nuestra lengua. Tambien parece pudiera decirse que este *muchos* es relativo á la division que se hace luego, diciendo que unos despertarán para la vida eterna, y otros para un oprobio é ignominia interminable, esto es, que habrá gran número de unos y gran número de otros; y estas dos porciones comprenderán á todos. Lo que acaba de probar que aquí se trata de la resurreccion futura y no de la libertad concedida en tiempo de los Macabeos, es que hombres ocultos en cavernas no se parecen á los que duermen en el polvo de la tierra, y que el regreso de aquellos á su pátria no se asemeja al acto de despertar; en vez de que en el lenguaje mas comun de los libros santos, *los que duermen en el polvo de la tierra* son los muertos, y el acto de despertar es su resurreccion.

IV.
Precucion
tercera.

La tercera precaucion es atribuir á cada palabra la construccion que exige segun la frase de que hace parte, de manera que no se tome, por ejemplo, un nombre por un verbo, ó un imperativo por un indicativo, como ha sucedido algunas veces. El P. Houbigant cita por primer ejemplo la palabra hebrea que la Vulgata traduce por *leonem* en el texto de Isaías: *Yo enviaré á Dibon* (ó segun el hebreo, *Dimon*) *añadiduras; leon á los que huyeren de Moab, y á las reliquias de la tierra* (2). El mismo sabio intérprete supone que aquella palabra se habria traducido mejor por el verbo *inundabo* (inundar), y él traduce así: *Porque haré que Dimon rebose; inundaré á los que huyeren de Moab, dispersaré sus reliquias*, substituyendo igualmente el ver-

[1] Dan. xii. 2. Vide Hieron. in hunc locum, tom. iii. col. 1134. et seqq. [2] Isai. xv. 9.

bo *disperdam* (dispersaré), por la palabra hebrea que la Vulgata vierte por el nombre *terrae* (de la tierra). Mas yo sospecho que él se equivoca, pues la voz hebrea si se toma como un verbo, no significa inundar sino *regar*, como él mismo lo confiesa en su nota; pero estas dos expresiones que reputa sinónimas, explican ideas muy diversas: el agua que riega es favorable, la que inunda es funesta; y los Hebreos tienen palabras distintas para significar uno y otro. Ademas los verbos que dan á entender esa idea, tienen un régimen directo que se expresa en latin por el acusativo, y el que aquí se usa es relativo, y la Vulgata lo traduce bien poniéndolo en dativo. Lo mismo sucede con la palabra que traduce por el verbo *disperdam*, y en el texto no se encuentra el genitivo *ejus*. Así todas las expresiones del texto contrarian el sentido propuesto por el P. Houbigant, y están de acuerdo con el de la Vulgata. El citado intérprete alega un segundo ejemplo tomado de Jeremías en que la Vulgata dice: *Pasmaos, cielos, sobre esto; y asolaos en gran manera, ó PUERTAS DE ÉL* (1). El P. Houbigant nota con fundamento, que la palabra hebrea traducida por *puertas de él*, ofrece otro sentido, y que en lugar de un nombre hay allí un verbo, porque si fuera nombre, en lugar de *puertas de él*, se debería leer *puertas de ellos*, porque en el miembro antecedente se pone *cielos* en plural, tanto en el hebreo como en la Vulgata. El, pues, se determina á seguir la sentencia de los que aquí ven un verbo; pero en lugar de traducirle en imperativo como los otros, con relacion á lo que antecede, traduce en indicativo. Por consiguiente de una y otra parte hay equívoco, que consiste en tomar el imperativo por el indicativo, ó al contrario; y yo sospecho que el P. Houbigant se engaña, porque el imperativo conviene perfectamente: *Pasmaos, cielos, sobre esto y horrorizaos &c.*

Ni basta asegurarse de la verdadera leccion del texto, de la significacion propia y conveniente de los términos y de su legítima construccion, todavía es necesario penetrar el sentido ó pensamiento del profeta.

SEGUNDA PARTE.

Observaciones necesarias para entender bien los pensamientos de los Profetas.

La segunda diligencia necesaria en el estudio de los Profetas, es procurar la perfecta inteligencia de sus pensamientos; y para esto se requiere en primer lugar no atribuirles un sentido extraño al genio de la lengua hebrea ó al estilo profético: en segundo, no tomar en sentido figurado lo que pertenece al propio, ni en el propio lo que pertenece al figurado. En el lenguaje figurado hay cuatro figuras principales, en las que conviene no equivocarse, y son: la *metonimia*, la *metáfora*, la *alegoría* y la *alusión*. Es igualmente esencial para la inteligencia, no suponer estas figuras donde no se hallan, y no desconocerlas donde se encuentran. Podria creerse que todo esto pertenece á la gramática ó á la retórica; pero se verá por los ejemplos

I.
Segunda di-
ligencia en
el estudio de
los Profetas.
Seis precau-
ciones nece-
sarias.

(1) Jerem. ii. 12.

que propondrémos, que es esencial para comprender el sentido de los Profetas. Nuestro plan es el del P. Houbigant, expondrémos y discutiremos sus ejemplos sobre cada uno de estos objetos.

II.
Primera precaucion.

La primera precaucion es no atribuir al profeta un sentido extraño á la lengua hebrea ó al estilo profético. Se expone á extrañarse sobre el pensamiento, el que atribuye á las expresiones un sentido ageno del idioma. Nuestro autor propone por ejemplo el texto de Isaías en que la Vulgata dice: *Se va arruinando Jerusalem y cayendo Judá, por cuanto sus palabras y designios son contra el Señor para irritar los ojos de su magestad* (1). Esta es una traduccion fiel del hebreo; pero se sospecha que en él haya alguna errata del copista, la cual obscurece el texto, y hace variar su sentido; porque seria propia del estilo hebreo, la frase de, *provocar la ira del Señor*, ó simplemente *provocar al Señor*, pero no se ve en ninguna otra parte *provocar ó irritar los ojos del Señor*, ni los *ojos de su magestad*. En efecto, los Setenta no ponen aquí la palabra *ojos*, su traduccion es: *fué humillada la gloria de ellos*. El P. Houbigant sospecha que reteniendo el pronombre *ejus* expresado en el hebreo y en la Vulgata, la leccion primitiva pudo ser: *y humillaron la gloria de él*. Advierte que este es precisamente el crimen que Jesucristo echa en cara á los Judíos de su tiempo: *Vosotros me habeis deshonrado* (2), y este el que atrajo la última ruina de Jerusalem y de los Judíos, por eso traduce: *Se arruinará Jerusalem, y caerá Judá, porque sus obras y palabras contrarian al Señor, y deprimen su gloria*.

El P. Houbigant nota una singular conjetura de Grocio, que hallándose muy embarazado para explicar los *sesenta y cinco* años señalados en Isaías (3), y sospechando que hay errata del copista, propone se lea *seis y cinco*, que hacen *once*; sobre lo cual observa justamente que ningun autor sagrado ha unido de ese modo dos números pequeños para formar uno mayor, y que los Hebreos tienen palabra propia para significar *once*. Pero sospecha que el texto sí está errado, y que en lugar de *sesenta y cinco*, debería leerse en lo anterior *tres años*, y aquí *quince*; lo cual examinaremos en una Disertacion particular sobre este texto.

Puede tambien equivocarse el pensamiento del profeta cuando se le atribuye un sentido ageno del estilo profético, y con esta ocasion el P. Houbigant hace advertir el equivoco de Grocio, que refiere al triunfo de Jerusalem bajo Acáz, la célebre profecía de Isaías perteneciente á la Iglesia de Jesucristo: *En los últimos dias la montaña sobre que se fabricará la casa del Señor, estará fundada en la cumbre de los montes* (4); observando que en estilo profético, la expresion *en los últimos dias*, designa un tiempo muy distante; de donde infiere que aquellas palabras no pueden aplicarse á un acontecimiento tan próximo como el triunfo de Jerusalem bajo Acáz. Del mismo modo impugna al autor de las *Explicaciones del Génesis*, de los Salmos, de Isaías &c. (Mr. Duguet), á quien llama el *Expositor Frances*, por haber pretendido que esta profecía tuviera su cumplimiento literal en el triunfo de Jerusalem despues de la derrota de Sennaquerib bajo Ezequías, mas no dice que Mr. Duguet no limita el cumplimiento de

[1] Isai. iii. 8.—[2] Joan. viii. 40.—[3] Isai vii. 6.—[4] Isai. ii. 2.

la profecía á aquel suceso, ni que este intérprete tan atento á buscar en las profecías á Jesucristo y á su Iglesia, no omita aplicar esta al establecimiento de la misma Iglesia, insistiendo particularmente sobre la expresion *en los últimos dias*, para probar que en efecto se refiere á este grande objeto.

Es necesario tambien cuidar de que no se tome en sentido figurado lo que el profeta dijo en el literal, ni al contrario. Cualquiera convendrá con nuestro autor que esta precaucion exige nos detengamos en ella, porque de aquí dependen en su mayor parte las diferencias que se notan entre los intérpretes, creyendo unos que ciertas profecías deben explicarse segun la propiedad de los términos, mientras sostienen otros que no pueden ser bien explicadas sino en sentido figurado; porque debemos confesar que es muy frecuente explique cada uno las profecías segun las ideas de que se halla poseido. Si tal intérprete se persuade que todo lo que se ha predicho tiene un cumplimiento propio y literal en la ley antigua, ya entenderá literalmente las figuras, ya por el contrario, no hallando ese cumplimiento literal en la historia, tomará por simbólico lo que propiamente se refiere á otro órden; y perdiendo de vista el verdadero objeto, aplicará á Ezequías, á Ciro ó Zorobabel, lo que los profetas anunciaron del Mesias. Otro que sea demasiado adicto al sentido figurado, y que siempre quiera descubrir la inteligencia *espiritual*, podrá confundir con este el propio, y pretenderá explicar metafórica ó alegóricamente muchos pasages que deben entenderse en la propiedad de la letra. Unos y otros confesarán que es menester no abandonar la propiedad de los términos, á ménos que un motivo claro y evidente nos obligue á ello. De aquí se sigue que si abandonan el sentido propio, de manera que el lector no perciba á primera vista la causa de hacerlo así, ellos deberían explicarlo; mas el P. Houbigant se queja de que muchas veces no se toman ese trabajo, por lo cual, aunque parece explicar ciertas profecías con el auxilio de las figuras de una manera bastante probable, dejan á los lectores en mucha mayor incertidumbre por el justo temor de que la probabilidad sea capciosa, pues no se descubre el motivo de las explicaciones figuradas. Cuando los comentadores explican así las profecías metafóricamente, dicen por lo comun, que el estilo oriental está lleno de hipéboles, y que sus expresiones no deben entenderse en rigor. Tal excusa no puede autorizar legítimamente una interpretacion metafórica mientras el sentido propio de las palabras puede ser admitido. Es fácil conocer que estos principios son verdaderos en su generalidad: lo importante es no equivocarse en la aplicacion que se pueda hacer de ellos á tal ó tal profecía en particular.

Los oráculos de los profetas han anunciado y descrito de diversos modos la ruina de Babilonia. Isaías anuncia que *los animales silvestres se retirarán á ella; las aves nocturnas ocuparán sus casas; que los avestruces habitarán allí, los machos montaraces de cabrío harán en ella sus danzas; los buhos ahuyarán en sus casas magníficas, y los dragones habitarán sus palacios de recreo* (1). Si alguno pretende que estos no son mas que hipéboles del estilo orien-

[1] Isai. xiii. 21, 22.
TOM. XIII.

III.
Precaucion segunda.

tal, bastará para impugnarle la historia, la cual nos dice que en efecto las ruinas de Babilonia, fueron mucho tiempo habitadas por bestias feroces, por serpientes y escorpiones que de tal modo llenaban de terror el país, que ningun viajero se atrevia á acercarse. Este ejemplo nos enseña que no debemos suponer temerariamente metáforas en el estilo de los profetas, y que si se abandona con demasiada facilidad la significacion propia de las expresiones, nos exponemos á quitar á los oráculos sagrados una parte de su contenido, lo que equivale en cierto modo á mutilarlos. Pues por ejemplo, si en el pasage citado no hay mas que metáforas, todas las pinturas acumuladas en él, nada añaden á lo que el profeta dijo pronosticando que Babilonia seria destruida: lo demas será únicamente una descripcion poética; mas si las palabras deben tomarse propia y literalmente, son otras tantas circunstancias particulares, y partes esenciales de la profecía, cuyo cumplimiento acreditará el oráculo que las predijo.

Lo que aquí observamos sobre las profecías relativas á la ruina de Babilonia, es igualmente aplicable á las demas, con respecto á los sucesos de que hablan. Las circunstancias que nos ha conservado la historia, y que habian sido anunciadas por los profetas, nos enseñan á no convertir fácilmente en metáforas todas las que se encuentran pronosticadas en ellas; así las que se hallan cumplidas, nos enseñan á guardar mucha reserva respecto de los acontecimientos futuros. Estas consecuencias que el P. Houbigant deduce de las anteriores observaciones, son justas en su generalidad; pero es menester no equivocarse en la aplicacion.

¿Qué reglas, pues, seguiremos para aplicarlas sin equívoco? ¿Y cómo conoceremos si los profetas hablan en sentido propio ó figurado? He aquí el punto de la dificultad. „Yo respondo, dice nuestro autor: 1.º que debe observarse la regla general en que todos los intérpretes convienen: no apartarse del sentido propio de las palabras, cuando no hay necesidad: 2.º que esta necesidad la hay cuando del sentido propio resulta un absurdo, ó que contradice á las historias reconocidas como verdaderas, ó á otras profecías claras; donde no haya algo de esto el sentido propio se debe seguir. Y como el otro comprende cuatro figuras principales: *metonimia, metáfora, alegoría y alusion*, mientras no sea indispensable ninguna de ellas, debe admitirse, de manera que nos apartemos de la significacion propia de las palabras.” A lo dicho que me parece en general verdadero, podría añadirse que conviene igualmente no confundir estas figuras tomando la una por la otra. Pasemos al pormenor.

IV.
Precaucion
tercera.

Será pues, la tercera precaucion, no suponer metonimia, donde el texto no la pide, ó por lo ménos no confundir la que exige. La metonimia es una figura que consiste en poner un nombre por otro, *la tierra* por sus habitantes. Se arriesga á equivocarse y á suponerla sin necesidad el que se persuade de que en el estilo de los profetas hay palabras, que como algunos pretenden, por lo comun encierran una metonimia. Porque en primer lugar, en el hebreo, como en todas las demas lenguas, no hay palabra alguna que no tenga un sentido propio y literal, y la metonimia consiste precisamente en trasladarla de ese sentido propio y literal, á otro objeto que tiene relacion con él; así *tierra* en su sentido propio y literal, signi-

fica el globo que habitamos, y por metonimia designa á sus habitantes. Por consiguiente, la metonimia no puede tener otro origen que el pensamiento del profeta, esto es, no puede resultar, sino de la significacion que presentan los antecedentes y consiguientes.

Por ejemplo: se dice que en el estilo de los profetas *los cielos* representan á los tronos ó á los reyes; *el ejército de los cielos* á los soberanos, grandes y poderosos del siglo: la tierra y las aguas á los pueblos sometidos á las potestades: *el aire* á los pervertidos; *el fuego* á los fieles, *el sol* á un príncipe, *la luna* á los poderosos inferiores, *las montañas* á los grandes imperios, *las colinas* á los estados menores; *Jerusalen y Sion* á la Iglesia de Jesucristo.

Para probar que los cielos significan los reyes y la tierra los pueblos, se alegan estas palabras del Señor, en Isaías, hablando de la ruina de Babilonia: „Conmoveré el cielo, y la tierra se mudará de su lugar (1).” No es creible, dicen, que Dios para destruir á Babilonia conmovera los cielos, ni hiciera temblar la tierra; pero la ruina de aquella ciudad debió inquietar á los monarcas, é infundir temor á los pueblos. El P. Houbigant responde: 1.º Se ve fácilmente que aquí está descrita la ruina de Babilonia, como el estruendo que produce la caída de una masa enorme, con la cual la tierra se estremece y el cielo, esto es, la atmósfera, se perturba. *El cielo y la tierra*, pues, se toman en su sentido literal, y no hay en estas palabras metonimia. Pero pudiera decirse que si hay metáfora, y debe atenderse á no confundir una figura con otra. El mismo intérprete añade: 2.º Que habiéndose designado ántes claramente á los reyes y á los pueblos por sus propios nombres, no habia necesidad de indicarlos luego con obscuridad por una metonimia. Acaso podria decirse que esta segunda razon no añade mucho á la primera, porque el sentido propio de una frase no excluye de necesidad el figurado de la que sigue, que puede llamar mas la atencion sobre el objeto con el auxilio de alguna imágen. El profeta no se contenta con anunciar clara y sencillamente la ruina de Babilonia: la pinta despues bajo el símbolo de un trastorno que hace temblar la tierra, y altera el cielo ó el aire que la rodea. Podria decirse tambien que en este lugar el profeta no habla sino de una caída estrepitosa, y que la metáfora de que usa se funda en la semejanza de la agitacion de la tierra con el trastorno de los pueblos y en la conmocion del cielo con la de los soberanos que dominan.

Para probar que *el ejército de los cielos* significa á los monarcas, se cita el texto en que Isaías anuncia la destruccion de las naciones circunvecinas de la Judea: *Desfallecerá toda la milicia de los cielos* (2). El P. Houbigant opone que el profeta añade inmediatamente: *Y los cielos serán arrollados como un libro*, metáfora tomada de la forma de los libros antiguos que se cerraban envolviéndolos, pues eran á manera de piezas de lienzo; y no considerando sino el acto de envolverlos, ¿qué semejanza hay entre un soberano exterminado por Dios y un libro enrollado? „Esta figura, dice, no nos presenta otra cosa que los mismos cielos visibles, y *el ejército de ellos*, es decir las estrellas, porque cuando los profetas anuncian la destruc-

V.
Diversas
expresiones
que se toman
por metoni-
micas. ¿Lo
son verdade-
ramente?

VI.
¿El ejército
de los cielos
representa á
los grandes,
y las aguas á
los pueblos
¿Son esta
metonimia?

[1] *Isai.* xiii. 13.—[2] *Ibid.* xxxiv. 4.

cion de algun reino, suelen compararla con la ruina futura del mundo que los Judíos sabian estaba decretada por Dios, como lo testifica San Pedro." Por tanto no habiendo aquí metonimia, hay por lo ménos metáfora. ¿Y en qué se funda esta, sino en la semejanza entre los soberanos que Dios hace desaparecer, y un libro que se envuelve para quitarlo de la vista? La metáfora no cae sobre el acto de enrollar, sino sobre el quitarlo de la vista que es el fin.

Para probar que las aguas representan á los pueblos, citan el texto de Ezequiel en que el Señor, anunciando la ruina de Tiro, dice: *Hurè subir contra tí muchas gentes, como sube el mar cuando se hincha* (1). El P. Houbigant objeta que entónces estas aguas no solo representan á los súbditos, sino á los ejércitos mandados por sus gefes y sus soberanos, á lo que ciertamente no se podrá responderle. Alegan tambien el texto del Apocalipsis: *Las aguas que viste en donde la ramera está sentada, son pueblos y gentes, y lenguas* (2). Nuestro autor pretende que en estas aguas están comprendidas los reyes con los pueblos; y que por otra parte, tienen en el texto su sentido propio, pues San Juan vió en efecto aguas que se le mostraron como símbolo de los pueblos, de donde resulta que no hay en estos textos mas que una simple comparacion entre las aguas verdaderas y los pueblos representados por ellas, ó bien comprendiendo á sus gefes, ó bien refiriéndose principalmente á los súbditos.

VII.
¿Representa el aire á los perversos, y el fuego á los fieles? ¿Son estas metonimias?

Para mostrar que *el aire* significa á los perversos, se alegan dos textos de San Pablo á los Efesios: *Al príncipe de la potestad de este aire* (3), y *los espíritus de maldad en los aires* (4). Pero en el primero se trata del aire mismo que nos rodea (observa el P. Houbigant), en que esparcidos los demonios pueden servirse de él para dañarnos; y en el segundo el Apóstol habla del cielo bajo el cual habitan los espíritus malignos al rededor de la tierra, de manera que no hay metonimia, ni metáfora, ni comparacion sino solo en el sentido literal de los términos.

Prueban que el fuego se toma por los pueblos fieles con las palabras de Abdías: *Y será la casa de Jacob fuego, y la casa de José llama, y la casa de Esaú paja seca* (5); y con las de Zacarías: *Pondré á los caudillos de Judá, como ascua de fuego bajo la leña, y como hacha encendida en el heno* (6). El repetido intérprete objeta que en ambos textos, la casa de Jacob, la de José, y los caudillos de Judá se representan no como fieles, sino como vencedores. Podria respondersele que aunque el sentido literal é inmediato los represente como vencedores, esto no impide que en el espiritual y alegórico fueran representados como fieles y triunfantes por la fe, como lo fueron los apóstoles y los discípulos de Jesucristo. Añade el P. Houbigant que los términos de comparacion que se hallan en el texto original de los pasages, y que la Vulgata conserva en el segundo por la palabra *como*, manifiesta que no hay mas que una simple comparacion. Lo confesamos sin duda; pero de ahí mismo se inferirá que los términos *fuego y llama* podrán ser si no metonimicos, á lo ménos metafóricos en otros lugares.

[1] Ezech. xxvi. 3.—[2] Apoc. xvii. 15.—[3] Ephes. ii. 2.—[4] *Ibid.* vi. 12.—[5] Abd. v. 18.—[6] Zach. xii. 6.

Aquí nuestro intérprete observa muy bien, „que sería el mayor „absurdo autorizarse con una comparacion para concluir con una metonimia." Es decir, que de que un profeta compare una cosa con otra, sería absurdo inferir que el nombre de la una puede significar por metonimia á la otra, si no es que estemos obligados á creer que „en los Profetas los leones son un término metonímico que significa „á los hombres, por la sola razon de que algunas veces los profetas han „comparado á los hombres con los leones." Esto me parece que avanza demasiado; porqué ¿sería absurdo creer que San Pablo hablaba de un hombre cuando dijo: *Fui librado de la boca del leon* (1)? ¿Sería absurdo pretender que Jeremías significaba hombres cuando decía: *Israel, rebaño descarriado; los leones le arrojaron* (2)? El profeta explica al punto quienes son estos leones: *El rey de Assur le comió el primero: este Nabucodonosor, rey de Babilonia, le deshuesó el postrero.* Para no excedernos, distingamos lo que es esencial no confundir. La metonimia no supone comparacion; pero sí la metáfora. La tierra y los cielos en el estilo de los Profetas se toman muchas veces por sus habitantes: *Oid, cielos, y tú tierra, escucha* (3). Estas palabras *cielo y tierra*, no significan ni el cielo que vemos, ni la tierra que pisamos, sino los habitantes del uno y de la otra; y estas ideas no contienen comparacion alguna entre lo que expresan y lo que representan: son puras metonimias. Pero cuando San Pablo dice: *Fui librado de la boca del leon*, designa un hombre, fundado en la semejanza del uno con el otro, y la frase es una verdadera metáfora.

Sentado esto, sería sin duda muy absurdo inferir de una comparacion una metonimia, porque esta de ningun modo supone aquella; pero es muy legítimo y sensato inferir de una comparacion una metáfora, porque toda metáfora supone y encierra esencialmente una comparacion; y sin disputa las comparaciones usadas por los profetas comunican gran luz á sus metáforas, que importa mucho, repetimos, no confundir con las metonimias.

Fundan la opinion de que el sol representa un rey ó un emperador en el texto de Malaquías, en que Jesucristo, Rey de reyes, es llamado Sol de Justicia: *Nacerá para vosotros los que temeis mi nombre el Sol de justicia* (4). En contra se objeta que Jesucristo es comparable al sol de un modo muy diverso que los reyes mortales, y el ejemplo de un solo rey nunca autorizaria para comparar con el sol aun á los que le son iguales. Es verdad que aunque la comparacion convenga á Jesucristo de un modo muy diverso, podria de alguna otra manera convenir á los demas, y entónces se llamaria mejor metáfora que metonimia.

Las palabras de Isaías: *Se obscureció el sol en su nacimiento, y la luna no resplandecerá en su luz* (5), son el apoyo de los que creen que la luna significa á las potestades inferiores. Pretenden que el sol es el rey de Babilonia, y la luna sus principales ministros y gobernadores de sus provincias, en una palabra, los depositarios de su autoridad. El P. Houbigant, en cuyo concepto el sol no representa un monarca, admite todavía ménos que la luna sea el símbolo de sus su-

[1] 2. Tim. iv. 17.—[2] Jerem. l. 17.—[3] Isai. i. 2.—[4] Matt. iv. 2.—[5] Isai. xlii. 19.

VIII.
Diferencia de la metonimia y metáfora. Las comparaciones son el fundamento de la metáfora, y extrañas á la metonimia.

IX.
¿Representa el sol á los reyes y la luna á las potestades inferiores? ¿Son estas metonimias?